

Prohibido Gardel

No poco de lo arbitrario, represivo y brutal que ocurre en el Uruguay de estos días, se refleja en las rápidas, dinámicas y elocuentes escenas de *Prohibido Gardel*, obra teatral del notable escritor argentino Pedro Orgambide. El teatro uruguayo El Galpón la presenta con propiedad, como que la obra afecta directamente a su compromiso con el pueblo que le dio vida, lo amamantó y lo convirtió en uno de los conjuntos dramáticos más importantes de América.

Está claro que la dinámica del teatro de nuestros días nada tiene que ver con el teatro plano, horizontal, fraseoso y declamatorio que provenía de las escenas francesa y española. Ha habido muchos factores y numerosos dramaturgos que han trastornado el viejo orden del drama en tres actos con parlamentos que un consuetudinario «soplaba» desde una concha acústica situada en la mitad del escenario, junto a las candilejas. García Lorca fue uno de los que introdujeron en el teatro poesía, la luna, caballos que se ponían a llorar, viejas pasiones españolas aflorando desatadamente. Bertold Brecht comunicó un nuevo sentido al teatro y su inventiva y el tratamiento que dio a los personajes, así como el uso de elementos y hechos contemporáneos (golpear el hierro al rojo) se quedaron en la escena para mucho tiempo. Ionesco fue otro de los que contribuyeron a cambiar el viejo teatro por esa cosa rápida, de escenas

sucesivas, donde a veces se sugiere más de lo que se dice y se adivina más de lo que se escucha; donde no hacen falta decorados, donde la música o las proyecciones luminosas cobran categoría de importantes auxiliares, casi de personajes. Esto último ocurre en *Prohibido Gardel*.

Orgambide aprovecha la estúpida medida de la dictadura uruguaya de prohibir siete tangos de Gardel por «marxistas», para hacer una disección del régimen que oprime al pueblo que libertó Artigas en el siglo pasado. Por muchos años el régimen conservó fama de democrático y anticuartelero. Hasta los días que corren, en que una buena cantidad de ciudadanos, empezando por el líder popular Seregni, se encuentran encarcelados. Otros, muertos, desaparecidos o en el exilio, como el propio teatro El Galpón, y la camerata de Punta del Este, que trabajan con brillo en México. La censura, la venalidad de la justicia, la tortura, el abusivo predominio militar, el odio a los intelectuales progresistas: todo eso queda directamente expuesto en *Prohibido Gardel*.

Directamente. Con sentido panfletario, consignista y todo lo que se quiera. Orgambide demuestra una cosa muy clara: que cuando se escribe bien, cuando se manejan las ideas con conocimiento y con propiedad y las palabras con verdadero arte literario, no hay que temerle al panfleto, que es un método como cualquier otro, una

manera descarnada de poner las cosas al alcance de las masas. Panfletarios fueron Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Mucho más lo fue Orozco. Panfletario fue Thoreau. Panfletarios fueron el poeta Vladimir Maiakovski, el novelista John Steinbeck (*En batalla incierta*), los dramaturgos Bertold Brecht, Arthur Miller y Clifford Odets. Panfletario fue Neruda en *Incitación al nixonicidio*, y en una buena parte del *Canto General*. En fin, la lista podría ser muy larga. Estoy citando de memoria. Orgambide parece tener ideas claras al respecto y un sentido de la funcionalidad. Sabe por qué, para qué y para quiénes ha escrito esta obra.

Creo que *Prohibido Gardel*, cumple adecuadamente su misión: denunciar, alertar, poner en guardia. Lo hace, repito, de un modo directo y ayudándose de toda clase de recursos de aquellos a que echa mano el teatro actual: en la escena se proyectan informaciones de periódicos, fotografías y una serie de finos dibujos de Carlos Gardel. Se utiliza el diálogo poético. Un guitarrista canta glosas a las ocurrencias de la escena. Se cantan y se bailan tangos. A veces los actores parecen como arrastrados por los movimientos de un ballet. Gardel entra a ser un personaje importante en la obra, como lo es en la vida uruguaya, donde sus canciones se siguen cantan-

do a cerca de medio siglo de su trágico fin. Ahora es la dictadura uruguaya la que le confiere categoría política con tan absurda prohibición. Orgambide no hace sino tomar la pelota que le llega y devolverla con tiro certero.

¿Habrá que decir que El Galpón da a la obra de Orgambide un tratamiento magnífico, el mejor que pudiera esperarse? Viejo admirador confeso de este extraordinario conjunto que prestigia al Uruguay y al pueblo que lo formó, me gusta decir que El Galpón comunica a *Prohibido Gardel* un ritmo rico y dinámico. Todos los actores (que se desempeñan en varios papeles diferentes) cumplen como buenos. No se podría nombrar a unos y dejar en el tintero a otros y larga sería la lista completa de un conjunto en el que no hay vedettes, pero todos son buenos. Al parecer, *Prohibido Gardel*, fue escrita con dedicatoria, especialmente para El Galpón, lo que explica más el certero profesionalismo y el entrañable amor con que es representada.

Y por si algún lector piensa que es este un comentario tardío, puesto que *Prohibido Gardel* se estrenó a finales del año pasado, me adelantaré a explicar que El Galpón, sigue poniéndola en escena. Yo la vi el jueves de la semana pasada en la Casa de la Paz, cuya sala estaba llena a reventar.